

Yo, mono

Pablo Herreros Ubalde

Nuestros comportamientos
a partir de la observación
de los primates



DESTINO

Pablo Herreros Ubalde

Yo, mono

Nuestros comportamientos
a partir de la observación de los primates

ÍNDICE

Prólogo	11
Los sonamuh: una especie asombrosa	15
Introducción	17
Capítulo 1: Política primate	21
Capítulo 2: Primates en el Parlamento.	53
Capítulo 3: Corrupción en la selva	69
Capítulo 4: Monos altruistas y supercooperadores	93
Capítulo 5: Movida en la selva	125
Capítulo 6: Simios olímpicos y artistas	141
Capítulo 7: Primates del Ibex 35	159
Capítulo 8: Sexo, drogas y rock and roll en la selva	197
Capítulo 9: La inteligencia emocional de los animales.	221
Capítulo 10: Final	239
Agradecimientos	241
Bibliografía	243

CAPÍTULO I

POLÍTICA PRIMATE

LA POLÍTICA ES MÁS ANTIGUA QUE LA PROPIA HUMANIDAD

Los primates juegan a los mismos juegos de poder que los humanos. Por ejemplo, un chimpancé no puede apoyarse exclusivamente en la dominación y la fuerza para conseguir lo que desea. Al igual que nosotros, emplean multitud de estrategias para obtenerlo. Ello se debe a que en este orden o grupo de especies al que pertenecemos, el ejercicio del poder es algo que se gestiona mediante diversas maniobras políticas, lo que incluye la manipulación, la creación de alianzas, la provocación de conflictos, la reconciliación, el chantaje o hacer intervenir a terceras partes, entre decenas de artimañas políticas más, todas ellas bien conocidas por nuestra especie.

Las investigaciones más recientes demuestran que nuestros parientes más cercanos, chimpancés y bonobos, viven en sociedades complejas y realizan maniobras políticas semejantes a las nuestras para resolver los desafíos que conlleva la vida en grupo.

Para Aristóteles y otros pensadores posteriores, el ser

humano se distinguía de otros animales por su naturaleza política, es decir, por su capacidad para organizarse y crear sociedades. Nosotros éramos los únicos animales políticos (*zoon politikon*) sobre la faz de la tierra. Desde este prejuicio, los politólogos modernos situaron el origen de la política en el periodo Neolítico, cuando los humanos abandonamos la vida nómada para convertirnos en agricultores sedentarios, hace aproximadamente ocho mil años. Lo que Aristóteles desconocía, a pesar de su gran interés por el naturalismo, era todo el conocimiento que ahora poseemos sobre el comportamiento de otros primates. Éste demuestra que los primates no humanos tienen intensas vidas políticas y que no es necesario el desarrollo de asentamientos permanentes para que surjan las conductas dirigidas a la obtención y control del poder. De hecho, como veremos en este capítulo, la mayoría de ellos hunden sus raíces en lo más profundo de la selva.

Para el sociólogo Max Weber, la esencia de la actividad política se encontraba en la distribución de la fuerza que se monopoliza a través del poder. Desde la antropología, Ted Lewellen añadió a la fórmula cómo se logran los objetivos comunes. Los chimpancés y otros primates no humanos también luchan por obtener el poder y aumentar el estatus social, pero de forma simultánea cooperan en causas comunes. Esto implica que, como sucede en nuestros partidos políticos o en las relaciones entre países, los primates no humanos combinan la cooperación y la competición para lograr sus objetivos.

Las relaciones de poder, para bien y para mal, existen en todos los ámbitos humanos. Así, encontramos similitudes entre el comportamiento de los grandes simios en la selva y las reacciones de los políticos y otros grupos de

poder. Allá donde se produzca interacción entre dos o más miembros, aparecerá este tipo de dinámicas que podemos calificar de políticas sin entrecomillados ni temores de ninguna clase.

Existe una continuidad entre el comportamiento político humano y el de otros primates. Los indicios llevan a pensar de este modo, porque los patrones de conducta política en las cinco especies de grandes simios que existen en la actualidad son similares, lo que significa que muy probablemente nuestro ancestro común ya se comportaba así hace cuatro o cinco millones de años, mucho antes de que apareciera el primer *Homo sapiens* en la sabana africana. Como cree el primatólogo que más ha influido en mi carrera, Frans de Waal, «la actividad política parece ser una parte de la herencia evolutiva que compartimos con nuestros parientes más cercanos».

LA AMBICIÓN POR EL PODER PRIMATE

Entre los años setenta y ochenta del siglo pasado, De Waal realizó observaciones en el zoológico holandés de Arnhem. Allí se encuentra una de las muchas colonias de chimpancés repartidas por Europa, en la que conviven varios machos y hembras de diferentes edades. En esa colonia han registrado miles de interacciones entre chimpancés durante casi dos décadas, lo que les ha permitido llegar a la conclusión de que «los chimpancés se toman muy en serio el ejercicio del poder». Las acciones y reacciones a la hora de relacionarse con otros evidencian que las decisiones que toman en el terreno social son conscientes y están premeditadas. Los chimpancés entienden las implicaciones de cada paso que dan. Sabíamos que

esta complejidad social era posible porque Jane Goodall había relatado dinámicas por el control y la organización social en los chimpancés en libertad que habitan en las selvas de Gombe (Tanzania), donde ella estuvo estudiándolos varios años.

La conclusión general a la que ambos primatólogos han llegado es que los chimpancés hacen todo lo posible por incrementar el poder. Pero no se trata de una ambición ciega: el estatus tiene consecuencias directas en nuestra supervivencia. Aquellos que ocupan los puestos de poder tienen más fácil acceso a los recursos, ya sea en forma de alimentos o de compañeros con los que aparearse. El rango, por ejemplo, se correlaciona con el número de hijos en la mayoría de los casos.

Pero la ciencia comienza a descubrir otros beneficios del poder que no se han tenido en cuenta hasta ahora. Durante el desastre nuclear de Chernóbil (Ucrania), las personas más humildes, normalmente las menos vinculadas al Partido Comunista, murieron o enfermaron en mayor porcentaje que las mejor conectadas. Algunas familias tuvieron que quedarse y posteriormente tampoco pudieron pasar temporadas fuera de la zona para hacer descender los niveles de radiación en su cuerpo. Éstas desarrollaron un mayor número de tumores y por término medio fallecieron antes. Aunque están alejadas evolutivamente de nosotros, en las aves ocurre exactamente lo mismo. Se ha demostrado que los individuos dominantes habitan los territorios donde hay menos peligros y existe menor presencia de depredadores. Por el contrario, los subordinados deben ocupar las zonas más expuestas: las partes bajas del árbol, el suelo, etc. Para demostrarlo, el biólogo Frank Ekam anilló a todas las palomas de una zona. Tras unas semanas, cuando examinaron los restos

de las rapaces que se alimentan de ellas, comprobaron que todas las anillas pertenecían a las subordinadas. Había una correlación directa entre el estatus de las palomas y su esperanza de vida.

En los seres humanos también existe esta conexión. Recordemos otro caso, el de los desastres naturales acontecidos en Nueva Orleans en el año 2006. Las personas con menos recursos vivían en construcciones débiles, que además estaban ubicadas en zonas donde previamente ya se sabía que existía un grave peligro de inundación o derrumbe. Con los terremotos sucede lo mismo: los pobres siempre habitan las zonas más vulnerables. Por lo tanto, la posición en la jerarquía —asociada al poder adquisitivo en los humanos— puede marcar la diferencia entre la vida o la muerte para todos los animales.

DESFILES MILITARES EN LA JUNGLA

En el borde de la frontera entre las dos Coreas, las exhibiciones de fuerza son continuas. Por un lado, Estados Unidos tiene desplegados más de veintisiete mil soldados, con los que realiza varios ejercicios militares anuales junto a Corea del Sur. Al otro lado, se calcula que el dictador Kim Jong-un tiene movilizadas a más de un millón de personas, según él, dispuestas a luchar hasta la muerte por la patria. Estas demostraciones de fuerza son una constante en la vida de los primates.

Los primates, especialmente los machos, exhibimos nuestro potencial mediante una serie de rituales. Los chimpancés, ante la presencia de un extraño, o simplemente a modo

de recuerdo para aquellos deseosos de poder, inician varias veces al día unas alocadas carreras en las que arrancan la vegetación y golpean todo lo que se encuentre a su paso. A veces usan objetos, como piedras o palos, que lanzan sin gran acierto, ya que los primates no humanos no tienen demasiada puntería. Lo interesante es que estas cargas no están dirigidas a nadie en concreto: se trata de mensajes de poder dirigidos a todos en general, especialmente a aquellos que estén pensando en usurparles el puesto o robarles las hembras.

Con el mismo fin, el de parecer más peligrosos, los gorilas se golpean el pecho y también realizan cargas de un lado para otro. *Nikkie*, un macho de gorila del Parque de la Naturaleza de Cabárceno sobre el que he realizado alguna investigación, antes de calmarse y estar atento a las pruebas que le proponía, me recibía dando golpes contra los barrotes y las chapas de metal. De esta manera me recordaba quién mandaba allí, día tras día, como si de un ritual se tratase. También era frecuente que lanzara heces a los veterinarios. Las pruebas a las que les someten no dejan un buen recuerdo en sus memorias y el inmenso macho respondía de esta forma escatológica. Pero el cabreo de *Nikkie* conmigo era aún mayor cuando yo le daba trozos de fruta o cacahuetes a alguna de sus hembras. Estoy seguro de que *Nikkie* nunca quiso pelearse conmigo, sólo dejarme claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar si me pasaba de la raya con alguna de sus «chicas».

Lo normal es que estas demostraciones de fuerza que realizan los primates no acaben en una verdadera pelea, ya que su intención es evitarlas. Debemos tener en cuenta que las peleas son temidas, puesto que todas las partes pueden salir heridas de gravedad. Mediante las exhibi-

ciones de fuerza, los primates y otros animales se dicen unos a otros: «¡Eh, cuidado conmigo! ¡Soy un tipo peligroso!». De este modo, evitan muchos de los enfrentamientos posibles que se les presentan cada día y que acabarían por debilitarles hasta la muerte.

A veces me siento en la terraza de Eneko, un amigo de Santander que vive en un séptimo piso desde el que se ve una gran rotonda por la que circulan miles de vehículos todos los días. Es sabido por los conductores que las rotondas son peligrosas porque pocos usan el intermitente para indicar la dirección que tomarán. Pero también son el lugar perfecto para observar al mono que todos llevamos dentro. Cuando dos machos se ven involucrados en un accidente, en más de dos tercios de las ocasiones se produce una tensión irrefrenable en los primeros segundos. Uno de los conductores acostumbra a salir del interior dando un portazo e incluso algunos dan patadas a las ruedas. También es frecuente lanzar todo tipo de improperios verbales y acusaciones previas, con independencia de quién sea el culpable. Si la persona quiere mostrarse agresiva, también hace un gesto facial que consiste en apretar con fuerza la mandíbula y los dientes, lo que indica una predisposición al combate. A veces, el oponente acepta participar en el ritual teatralizado y se aproxima físicamente al otro con actitud desafiante, como si estuviera dispuesto a la lucha. Por fortuna, sólo en un mínimo porcentaje de las ocasiones se llega a las manos. El ritual consiste precisamente en eso: en mostrar signos de dominancia y sumisión, dependiendo del momento y del contrincante, con el fin de no entablar una verdadera pelea de la que ambos puedan salir dañados.

Los humanos perseguimos los mismos propósitos que el resto de los primates, aunque las formas que usa-

mos para transmitir este tipo de mensajes son más diversas. Nuestra especie posee el repertorio más amplio de la naturaleza. Los humanos dejamos patente nuestro poder mediante, por ejemplo, la forma de hablar o de andar, e incluso en ocasiones golpeamos objetos en presencia de otros para mostrar nuestra fuerza potencial. También a la hora de consumir tratamos de marcar estas diferencias con otros: los jóvenes compran coches deportivos y los *tunean* con colores y pegatinas de carácter agresivo. Los tatuajes, la ropa de cuero y demás accesorios tribales desempeñan una función adicional de creación de la identidad, pero al mismo tiempo ayudan a intimidar. Luego, a medida que avanzamos en edad, estamos más interesados en transmitir otro tipo de poder. Es la hora de exhibir ropa de marca, casas de lujo o coches de alta gama.

Para los humanos, la actitud en público es fundamental para moldear e influir en lo que los demás piensan de uno. El dictador Franco era una excepción, pero alzar la voz o usar determinadas expresiones autoritarias es una forma de parecer más grande y peligroso. En una investigación diseñada por la Universidad de Ontario se manipularon las voces de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Los resultados demuestran que cuando dos personas interactúan, la dominante utiliza una frecuencia de tono distinta a la que usan los subordinados, aunque no necesariamente tiene que ser gritando. Un tono bajo también es interpretado como señal de dominancia y mayor capacidad para el liderazgo.

De otra manera, los monos aulladores también aprovechan las vocalizaciones para marcar territorio y mostrar

su fuerza. Al anochecer y al amanecer, esta especie de tamaño medio que habita en Sudamérica emite unos sonidos que sobrepasan lo que esperamos de un animal de su tamaño. Como viven en selvas frondosas, comprobar sus verdaderas medidas es complicado para otros rivales, que no los ven y pueden sentirse intimidados por semejantes ruidos. Es como si un humano de baja estatura gritara con todas sus fuerzas escondido detrás de un árbol para intimidar a sus enemigos, haciéndoles creer que es más alto y corpulento. En varias batallas de la antigüedad se aprovechó esta estrategia: a distancia y sin contacto visual, los tambores creaban la falsa sensación de que se contaba con más efectivos de los reales.

Fuera del orden de los primates también se emplean trucos muy ingeniosos. En diversos mamíferos, los machos tratan de dejar sus marcas lo más alto posible para que, si un intruso penetra en su territorio, éste crea que allí vive un rival más grande que él. Por ejemplo, los perros suben la pata trasera cuando orinan, y los osos se ponen a dos patas y se estiran todo lo que pueden cuando marcan las rocas y los árboles. Casi todos los animales quieren hacerse pasar por más dominantes y peligrosos. Por esta razón, es común tratar de manipular la imagen que los líderes humanos trasladan al grupo. Analizando las fotografías de mandatarios como George Bush, Hugo Chávez o Yaser Arafat, en un primer análisis uno detecta señales claras de intentos de dominancia. Por ejemplo, Yaser Arafat siempre tomaba la iniciativa para estrechar la mano de su homólogo israelí, y Clinton es el primero en abrir los brazos para dar un abrazo. Estos gestos, que pasan desapercibidos para la mayoría de nosotros, son sutiles señales de poder y control de la situación que procesamos de forma inconsciente. Un día contrasté la

altura percibida de una serie de personalidades con una página web que recoge el peso y altura de personas famosas de todo el mundo. Uno cae en la cuenta de que la mayoría de las fotografías publicadas en las que estos políticos aparecen con otros líderes están manipuladas para favorecer la percepción de su poder. No es posible que el expresidente mexicano Fox, que mide 1,96 de altura, aparezca equivalente en estatura a Bush, con 1,82. Por fuerza, alguien elige el ángulo correcto previamente o descarta las instantáneas que muestran la cruda realidad.

Los asesores de imagen de los políticos son conscientes del efecto que tienen estas imágenes en el subconsciente de los ciudadanos y las usan a su favor. Estar en una posición más alta es un indicador de poder que no se puede dejar en manos del azar. Por ejemplo, la disposición sin excepción de atriles en las intervenciones públicas de todos los dirigentes, las alzas en los zapatos y taburetes que solían emplear Nicolas Sarkozy y Silvio Berlusconi, junto a las vestimentas militares de Fidel Castro y Hugo Chávez, ayudan a adoptar ante la opinión pública una imagen más dominante.

Parecer más grande es una estrategia muy básica pero aún hoy es eficaz. A muchos animales se les eriza el pelo cuando detectan una amenaza. De este modo, simulan ser más grandes y fieros. A los humanos aún nos quedan algunas reminiscencias de aquella función, porque también se nos eriza en las peleas. Lo que ocurre es que lo hemos ido perdiendo por otras razones y esa estrategia ha perdido su eficacia, pero aún pervive en nosotros la reacción fisiológica que lo permite.

Estas demostraciones de fuerza no son sólo individuales, también implican a las naciones. Los ejercicios y

simulaciones que los ejércitos realizan periódicamente, junto a los desfiles militares, se han convertido en las demostraciones de potencial agresivo más utilizadas por los países. Además del ya mencionado caso coreano, el más llamativo se vivió durante los episodios de la guerra fría, cuando se produjo una carrera de armamento a gran escala. Paradójicamente, se trataba de una estrategia violenta para evitar la violencia. Al igual que hacen los chimpancés en sus carreras por la selva, las naciones procuraban disuadir al enemigo. Tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS, se descubrieron algunos datos interesantes de aquellos interminables desfiles. Los soviéticos, conscientes de que los americanos grababan y analizaban después con detenimiento las fuerzas desplegadas por las calles de Moscú, construían falsos misiles y carros de combate de cartón que hacían desfilar junto al resto. Así parecían tener más material del que en verdad poseían y trasladaban al mundo una imagen de mayor poder.

Si las fortalezas se muestran, las debilidades deben ocultarse en público. Por ejemplo, los intentos por no desvelar los problemas de salud de los gobernantes son una reacción frecuente entre la clase dirigente. La comunicación pública que confirmó la muerte de Hugo Chávez a la sociedad venezolana y al mundo se retrasó durante varios días por miedo a posibles revueltas internas que acabaran con la hegemonía del partido oficialista, pero también era necesario mantener la imagen de continuidad de cara al exterior. Del mismo modo, la enfermedad y muerte de Franco fue aprovechada por los marroquíes en la Marcha Verde para hacerse con el Sahara, entonces español. Otros casos más recientes, como los problemas de salud del rey Juan Carlos I o la enfermedad crónica de

Fidel Castro, de la que no se sabe nada, son algunos de los ejemplos más conocidos. ¿Por qué esconden de forma sistemática su deteriorado estado de salud los políticos y gobernantes? En la conducta de los primates hallamos algunas respuestas. De Waal ha observado en varias ocasiones que los machos de primates fingen no tener cojera ante los otros machos dominantes del grupo para no mostrar su vulnerabilidad. También aparentan no estar debilitados tras una pelea e incluso disimulan cuando tropiezan sin querer.

Este tipo de ocultamientos son frecuentes en nuestra especie. Recuerdo que, cuando era adolescente, si te caías en presencia de otros chicos de tu pandilla, hacías como si no hubiera pasado nada. Apretabas los dientes y aparentabas ser de hierro. Si había chicas, la presión para hacerse el duro era mayor. Una de las reacciones que más me desagradaba de los padres respecto a sus hijos varones es cuando, tras una pelea o caída, insisten en que llorar «es de niñas». Desafortunadamente, con este tipo de consejos pueden anular la vida emocional de sus hijos. La explicación de por qué molesta tanto a los padres puede estar en la necesidad de no mostrar debilidades.

El primatólogo Joseph Manson ha demostrado que los machos de macaco que tienen los dientes en mal estado abren menos veces la boca que los que tienen una dentadura sana. De Waal cree que es probable que ésta sea la razón por la que los hombres apenas nos quejamos y vamos menos al médico, cuando está comprobado que nuestro umbral del dolor es bajo y lo soportamos peor que las mujeres. Algunos autores han sugerido que se trata de un mecanismo inconsciente para no mostrar

un estado de salud deteriorado, una debilidad que puede ser aprovechada por otros machos. Esto es debido a que siempre hay otros grupos o individuos dispuestos a asaltar el poder el día que no puedas defenderte. En el caso de los gobernantes, las consecuencias negativas para sus intereses pueden ser múltiples, tanto dentro de las fronteras del grupo como fuera de ellas: golpes de Estado, convocatoria de nuevas elecciones, invasiones de naciones enemigas, etc.

LA PRIMERA OTAN SURGIÓ EN LA SELVA

Hay aspectos del poder que no podemos controlar sin la ayuda de otros. La unión de fuerzas para la consecución de un objetivo común es una constante en la naturaleza. Mantenemos relaciones preferentes con algunos miembros y colaboramos con ellos porque todos salimos beneficiados. Si dos o más miembros se unen a lo largo del tiempo para conseguir algo, forman una alianza y colaboran para lograrlo. Ésta es una de las formas principales que puede adoptar la cooperación política en las distintas especies de primates.

A nivel internacional, la alianza entre humanos más importante en vigor es la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), surgida en el año 1949, tras la segunda guerra mundial, con la intención de frenar el poder emergente de la Unión Soviética. Fue entonces cuando los soviéticos reaccionaron creando su propia coalición de países, con el nombre de Pacto de Varsovia. Mediante estos tratados, los países integrantes se comprometieron a defender a sus aliados en caso de agresión por parte de terceros. También algunos de los partidos

políticos nacionales e internacionales más importantes han surgido de alianzas de otros partidos previos más pequeños. En otros casos, debido a coyunturas especiales se produce un acercamiento de diversos sectores que hasta entonces eran enemigos. Dentro de la «tribu ibérica peninsular», éste fue el caso de la UCD (Unión del Centro Democrático), la agrupación de ideas divergentes en pro de un objetivo común más relevante de la historia reciente de España. Cuando trabajamos juntos, el resultado es mayor que la suma de todos por separado.

No es de extrañar, por tanto, que una de las conclusiones más importantes a las que ha llegado la primatología sea la de que ningún chimpancé o babuino puede lograr el poder por sí solo. Los primates, por ejemplo, mantienen distintos tipos de relaciones dentro del grupo. Algunas están marcadas por la dominancia y la agresividad, pero en otras reina la cooperación y la ayuda. De hecho, conseguir el apoyo de otros miembros es uno de los logros más importantes para la supervivencia de un primate. La red de relaciones que cada miembro posee marca la diferencia entre el éxito y el fracaso. La razón es que en las cuestiones relativas al poder siempre están involucrados muchos individuos a la vez e intervienen varias partes interesadas. Las habilidades que uno tiene, por extraordinarias que sean, no sirven de nada sin la ayuda de aliados.

Los chimpancés, babuinos y macacos son grandes expertos a la hora de crear amistades duraderas. También es frecuente que se generen coaliciones que unen a diversos individuos. Se ha demostrado que estas alianzas dependen del historial de intercambios y del objetivo que persigan. Esto quiere decir que son dinámicas y pueden cambiar: tu aliado de ayer puede ser el enemigo de hoy.

El sexo también influye en el tipo de objetivo de estas alianzas. Las de los machos casi siempre tienen como objetivo monopolizar el poder porque ello asegura el acceso a las hembras y los alimentos; también son utilizadas en actividades que implican colaboración, como la defensa ante los depredadores, la vigilancia de carreteras cuando las cruzan en grupo o las patrullas por los límites del territorio. Curiosamente, las asociaciones que forman las hembras son para proteger a amigos y familiares.

Las alianzas y coaliciones también cumplen otras funciones políticas internas, como la destitución del líder o la expulsión de individuos considerados peligrosos. Cuando De Waal llegó por primera vez a trabajar en el zoo holandés de Arnhem, *Yeroen*, un macho viejo, era el líder de la colonia. *Yeroen* siempre se mostraba agresivo con otros miembros y no dudaba en amenazar y pegar a cualquiera que se interpusiera en su camino. En vez de resolver disputas internas, generaba aún más. *Nikkie* y *Luit*, otros dos machos más jóvenes, decidieron un buen día establecer una alianza que a la larga acabara con el reinado de *Yeroen*. *Luit* había apoyado durante mucho tiempo a *Yeroen*, pero su estilo agresivo de gobernar le hartó y unió al resto del grupo en su contra. Tras meses de intimidaciones, retos al líder para socavar su poder y un sinnúmero de estratagemas más, *Nikkie* accedió finalmente al liderazgo, apoyado en la fuerza que le proporcionaba la colaboración con su aliado *Luit* y la pasividad del grupo, que optó por una posición de neutralidad a la suiza y dejó que los acontecimientos siguieran su curso. En otras palabras, los chimpancés entendían lo que significa compartir el poder o dejar hacer a otros y mirar

para otro lado cuando los acontecimientos coinciden con sus intereses. La alianza que mantuvieron *Luit* y *Nikkie* durante meses fue la clave del éxito, pero la pasividad del grupo también resultó fundamental. Esto quiere decir que los chimpancés comprendían los beneficios que otorgan la oposición y la resistencia, por un lado, y la cooperación y el trabajo en equipo, por otro. Combinaban una u otra estrategia según los objetivos, el contexto y los amigos o enemigos con los que contaban.

Pero las maniobras políticas de Arnhem no acabaron ahí. Una vez establecido el nuevo líder, el resto del grupo comenzó a reorganizarse, dando lugar a otro proceso de formación de alianzas que contrarrestara el nuevo poder. Como en los humanos, la vida política es un proceso sin fin en el que, una vez logrado el equilibrio, los jugadores continúan luchando por sus intereses.

Las coaliciones pueden ser muy estables, pero algunas son oportunistas porque se hacen y deshacen según la coyuntura. Al igual que les ocurre a los chimpancés, a lo largo de la vida los humanos ganamos y perdemos amistades. Conservamos algunas para siempre, aunque nunca podemos estar seguros de cuáles de ellas estarán hasta el día final. En la política internacional pasa exactamente lo mismo. La extinta Unión Soviética y Estados Unidos no siempre fueron enemigos. Ambas formaron alianzas en las dos guerras mundiales. De hecho, en la segunda guerra mundial, países de ideologías diferentes se unieron en contra del enemigo común que supusieron los nazis. Hasta su destrucción, y por un tiempo, los consideraron más peligrosos para su supervivencia que a otros miembros aliados. Cuando la meta común fue alcanzada y ganaron la guerra, la ambición de los aliados por ampliar sus respectivos territorios, además de los conflictos

de intereses, acabaron con la división de Alemania en cuatro partes, y más adelante en las dos ya conocidas por todos: la parte oriental, dominada por los soviéticos, y la occidental, aliada preferente de Estados Unidos. La lucha por la dominación mundial volvió a reorganizarse, como sucedió en el zoo de Arnhem. Por lo tanto, en las batallas por el poder, tanto en la selva como en las disputas humanas, se trata de alcanzar equilibrios que se crean y destruyen continuamente. Un ejemplo actual nos los proporcionan los hermanos y líderes del Partido Laborista inglés, David y Ed Miliband. Ambos son los miembros del partido con más probabilidades de optar a las elecciones a primer ministro británico en el año 2014. Hasta que llegaron a esa posición tan favorable, ambos hermanos colaboraron de forma estrecha, pero ahora que están en la recta final hacia la presidencia ha surgido el inevitable conflicto de intereses y se han convertido en feroces rivales.

EL ABRAZO DEL OSO

Para conmemorar los cien años de la independencia de Estados Unidos, Francia regaló a la nueva nación una enorme estatua con la forma de la diosa griega Libertas, en señal de la alianza entre los dos países. Las personas utilizamos los obsequios, el lenguaje y el contacto físico para cuidar o reparar los lazos que nos unen. Las cestas de Navidad, las llamadas telefónicas, los abrazos y apretones de manos, además de un sinfín de acciones más, son todos ellos gestos con un mismo propósito: crear, recordar o actualizar una relación que deseamos que esté marcada por la cooperación.